

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 17- 18 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT:

Tic tac, tic tac

Garazi San Martín Solano

Camino. Camino por un trecho lleno de espinas y de zarzas. Me duele, pero continuo. Continuo porque escucho algo. Afino el oído. Es un sonido que me suena, lo he escuchado antes. Parece música. Sin embargo, va acompañada de un tic tac constante. Tic tac. Tic tac. Como el de los relojes. Como el del paso del tiempo. El mismo tic tac. Me acerco. Cada vez estoy más cerca, cada vez lo escucho con mucha más claridad. Proviene de un coche y está vacío. Las puertas de él están completamente abiertas. Me espera a mí, a que suba. Ahora diviso algo más, a alguien más. Alguien conduce el coche, no estoy sola. Me hace señas para que entre, para que suba. “Rápido” me dice. ¿Rápido?, ¿rápido por qué?, ¿qué prisa hay? No obstante, corro, salto y subo. Conforme mi pierna derecha entra en el coche, las puertas se cierran automáticamente así comenzando un viaje sin retorno. Sin retorno alguno. Asusta y mucho. Un viaje en el que únicamente puedes avanzar y no retroceder. Claro que puedes girar la cabeza y mirar hacia atrás, pero no volver a aquellos lugares que dejas atrás. El coche empieza a avanzar bastante veloz, he de admitir. Me contraigo y cierro los ojos lo más fuerte que puedo hasta que lo veo todo negro y lleno de puntitos. Aun así, inmediatamente, el ser que no llego a vislumbrar del todo, aquel que conduce el vehículo, me abre los ojos. A la fuerza. Me los mantiene abiertos durante todo el viaje. Entonces es cuando empiezo a verlo todo. Cómo todo a mi alrededor se difumina conforme más y más kilómetros recorremos.

El paisaje deja un rastro detrás como si de una obra de Monet se tratase. De repente me veo a mí, llorando. Miento. De repente veo a mi madre sosteniendo un manojo de telas. Se escuchan llantos. Caigo en la cuenta de que es el día en el que nací. La felicidad que se inspira en la sala me invade, invade el coche. Noto cómo todos y cada uno de mis pelos se erizan.

Comienzo a llorar, a llorar de felicidad. Deseo que este momento no termine jamás. Sin embargo, lo hace. Rápidamente, y sin casi darme cuenta, el auto ha avanzado por lo menos diez kilómetros y mi nacimiento y la felicidad que se respiraba se han desvanecido por completo. Me volteo para volver a ver a mi madre reír y llorar de la felicidad al mismo tiempo, para volver a ver a mi padre sujetándose la cara con ambas manos mientras piensa que es uno de los mejores días de toda su vida. Para volver a verme a mí. Pura. Yo en toda mi esencia. Pero por mucho que lo intento, el coche no para y no puedo regresar. Me incorporo en el asiento y giro la cabeza con dirección al frente. Entonces lo veo. Ahí estoy yo de nuevo. Han pasado unos años ya, cuatro diría. Estoy jugando a algo, no consigo distinguir a qué exactamente. Me caigo, ¡no! Lloro. Esta vez no es de felicidad sino de dolor. Ahora el ambiente está impregnado de dolor. Me duele. Mucho. Alguien se acerca corriendo detrás de mí. Es mi madre. Me levanta en brazos y me abraza. Estoy a salvo. Ahora lloro, pero no por el dolor. Lloro porque alguien me está salvando, estoy a salvo. En el coche, me tapo la cara con las manos y me echo a llorar, a llantos. No puedo parar. Noto los besos de mi madre por toda mi cara, me transmiten un calor extraño, un calor inexplicable. Un calor agradable. De madre. Por fin el llanto cesa. Me seco los ojos y miro por la ventana. Lo veo todo pasar. Aquel día en el que mi abuelo me hizo reír hasta caerme de culo al suelo. Aquel día que hice mi primera obra de arte la cual era horrible, pero mi padre admiró con ojos de orgullo. Aquel día, aquel primer día que marcaría una etapa de mi vida. El día que empecé a bailar. Me distingo entre la multitud de la escuela de baile, cómo traspaso las puertas de aquel nuevo mundo echa un manojo de nervios, pero, como siempre, aparentando serenidad. Mi primera actuación. Cada vez que traspasamos esos recuerdos, momentos, hechos, el coche se invade de las sensaciones que sentí. Felicidad, nerviosismo, miedo, más felicidad. Entonces, el coche baja la velocidad. Me encuentro de par en par con mi yo de doce años, frente al espejo. Se mira detenidamente de arriba abajo. Noto el dolor en sus

ojos, en mis ojos. El ambiente está tenso, agobiante. Parece que me ahogo. No puedo respirar. Por lo tanto, lloro. Lloro con doce años y lloro ahora. Aun así, lloramos por motivos distintos. Ella llora porque le repugna lo que el reflejo del espejo le cuenta. Yo, en cambio, lloro porque no comprendo esa repulsión repentina hacia mí. Hacia ella. Hacia ambas. ¿Por qué no me ama?, ¿por qué no me amo?

Las lágrimas se agrupan y encharcan el coche. Cada vez el nivel de agua va creciendo más y más. Todo mi cuerpo está sumergido bajo el agua salvo mi cabeza. Me ahogo. No puedo salir. ¡Necesito salir! Consigo ver que en el recuerdo alguien abre la puerta de mi habitación y me encuentra hecha un ovillo llorando sin parar. Es mi padre. Se apresura a mi lado y me abraza. No hace preguntas, solo me abraza. Entonces, puedo notar su cariño. Vuelvo a estar a salvo. El nivel del agua baja. No obstante, el coche no vuelve a estar seco del todo durante todo el trayecto. Con la ayuda de mi padre, dejo de sentir esa presión en el pecho y vuelvo a respirar. A salvo. Por poco tiempo. Ya que el coche no para de avanzar y, aunque sí que es verdad que en muchos tramos del trayecto el agua llega casi a desaparecer, hay en varios momentos en los que no puedo evitar sumergirme por completo en ella y dejar de respirar. Aun así, no lo hago. Siempre, con la ayuda de mis padres, consigo emerger. Consigo que ese agua casi desaparezca. Es verdad que a veces me invade, es inevitable, pero intento flotar con todas mi fuerzas. Sigo en movimiento. Todo pasa muy rápido, demasiado. No me da tiempo a detenerme en ningún recuerdo, los paso de pasada. En algunos veo cómo realmente no estaba aprovechando el momento al máximo y me arrepiento. Pero el tiempo no perdona, el tiempo no espera y lo pasado, pasado está. Entonces es cuando dejo de mirar por la ventana todos esos momentos y dejo de arrepentirme. Empiezo a agradecer desde dentro de mí ser a todas aquellas personas que me dieron calor cuando más lo necesitaba. Que me tendieron dos manos cuando solo necesitaba una. Que me salvaron. Que me hicieron reír a carcajadas en los momentos más tristes. Que me rescataron de aquella piscina llena de lágrimas. Y entonces, el coche da un frenazo enorme. Justo en el momento que vamos a chocar contra un muro de piedra muy consistente, veo a mis padres. Tic tac, tic tac. Mi padre pasa un brazo por encima del hombro de mi madre y mi madre sujeta su

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA | IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA

2019

NARRATIVA CASTELLANO 17-18AÑOS

PRIMER ACCÉSIT

cintura con firmeza. Tic tac, tic tac. Me sonrén. Esa sonrisa cálida de la que tanto hablaba. Ese calor. Tic tac, tic tac. Otra vez ese calor me inunda. El agua está seca del todo. No hay agua. Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac. Chocamos. Oscuro. Estoy a salvo.